

ESTUDIOS

¿DESPLAZAN EN EL MERCADO DE TRABAJO ESPAÑOL LOS QUE TIENEN MÁS ESTUDIOS A LOS QUE TIENEN MENOS?

JULIO CARABAÑA (*)

El objetivo de este artículo es extremadamente modesto. Trata de explotar e interpretar la información contenida en la Encuesta de Población Activa del Instituto Nacional de Estadística sobre los procesos de ajuste entre titulaciones académicas y mercado de trabajo, y en particular sobre el desplazamiento de los titulados inferiores por los superiores.

La producción material y la reproducción personal se realizan en las sociedades industriales en el seno de instituciones separadas, que constituyen subsistemas diferentes. De un lado está la economía, erigida en sistema autónomo e independiente regido por sus propias leyes. Externa a este sistema económico es la familia, antaño sede de buena parte de la producción, hoy reducida a una función predominantemente reproductiva. Las relaciones entre ambos subsistemas son primariamente instrumentales: para la economía, la familia significa consumo, ahorro y mano de obra. Para las familias, la economía es un lugar externo donde proveerse de dinero para adquirir los bienes y servicios que necesitan para su reproducción.

Desde la perspectiva de la economía, la oferta de mano de obra depende de las familias y de su economía interna, que determina la propensión de sus distintos miembros al trabajo. Desde la perspectiva de las familias, la oferta de empleo depende del funcionamiento autónomo de la economía (1). Estos son los dos lados del mercado de trabajo, el de la oferta de fuerza de trabajo o de-

(*) Universidad Complutense (Madrid).

(1) Claro está que no todas las familias tienen esta relación externa y alienada con la producción, sino sólo las de los asalariados. Muchas familias de propietarios y empresarios siguen vinculando su reproducción como familias con la reproducción de algún tipo de patrimonio o empresa, es decir, directamente con la producción económica, y ello tanto en el marco de los sectores tradicionales como de los sectores modernos de la economía. Pero desde cierta perspectiva se puede prescindir —aunque sin olvidarlo— del análisis de la estructura social como totalidad, y limitarse a un aspecto de la misma, en este caso el que corresponde a la consideración económica de los mercados de trabajo.

manda de empleo y el de oferta de empleos, o demanda de fuerza de trabajo. El mercado de trabajo resulta de su conjunción. Algunas teorías, como las del capital humano, suponen que lo único realmente importante es el lado de la oferta (de fuerza de trabajo), dando prácticamente por garantizado el empleo productivo y la remuneración suficiente de cualquier inversión en cualificaciones. Otras, por reacción, prestan excesiva atención al lado de la demanda (de lo que toman su nombre genérico), casi como si lo único determinante fuera la oferta de empleos. Como ha insistido Granovetter, es preciso estudiar con la misma atención los tres aspectos que constituyen el mercado de trabajo: la producción y oferta de cualificaciones, la generación y oferta de empleos y, por último, el proceso de ajuste entre las cualificaciones y los empleos (Granovetter, 1981).

El artículo no publica información nueva. Al contrario, utiliza la más pública de las informaciones, las tablas de la EPA. El inconveniente fundamental de las tablas de la EPA es la poca desagregación de sus categorías, que muchas veces no permite hacer distinciones muy importantes. Este inconveniente se compensa sobradamente con las ventajas que se derivan de su continuidad y su calidad técnica. La EPA viene entrevistando desde 1964 varias veces por año a muestras representativas de alrededor de 60.000 personas con cuestionarios y categorías de gran estabilidad. Pese a los problemas de homogeneización que a veces originan los cambios introducidos en ella, es la única encuesta que yo conozco que permite comparaciones fiables en el tiempo.

1. LA CUALIFICACION DE LA FUERZA DE TRABAJO EN EL SISTEMA EDUCATIVO

La relación entre los subsistemas productivo y reproductivo es, desde luego, asimétrica. La economía doméstica determina *inmediatamente* la oferta de fuerza de trabajo, pero no influye más que marginalmente sobre la creación de empleo (por ejemplo, a través del ahorro, de las decisiones de aceptar empleos a tiempo parcial o por debajo del salario mínimo, etc.). En cambio, la situación de la economía no solo determina la demanda de mano de obra —la capacidad de absorción del mercado de trabajo— sino también, y de modo sustancial, la oferta misma y su cualificación, precisamente a través de la economía doméstica.

El sistema educativo es, en las sociedades industriales, el mediador más importante entre las economías domésticas y el mercado de trabajo. Desde la perspectiva de la familia, el sistema educativo aparece como una prolongación especializada de sus funciones reproductoras; en cambio, desde la perspectiva de la economía aparece como un suministrador de cualificaciones laborales. Ambas funciones no tienen por qué coincidir: en los sistemas educativos se manifiestan las tensiones y contradicciones a que da lugar la dinámica interdepen-

diente, pero no coincidente ni ajustada, de los dos subsistemas (2). Una de ellas, reconocida por autores de convicción diversa (como Pérez Díaz, 1981; Paci, 1977) consiste en que, a partir de un cierto estadio o nivel de desarrollo, el crecimiento económico determina un aumento de la demanda de enseñanza *que es independiente de las «necesidades de la producción»*. (Pérez Díaz, 1981; Paci, 1977).

Las causas de esta expansión de los sistemas educativos son varias, y la acción de los poderes públicos es una de las más importantes. Pero los poderes públicos se sienten inclinados a frenar la expansión cuando creen sobrepasadas las necesidades de la producción; entonces se encuentran con que su margen de influencia es muy estrecho frente a la acción que tiene el crecimiento de la renta en las economías domésticas. Pues al crecer la renta de las familias, éstas tienen poderosas razones para llevar su consumo de educación más allá de lo que parece una inversión económica razonable.

La principal de estas razones es que la educación y el saber son valores en sí mismos, que confieren a quienes los poseen un status social no reductible a sus ingresos. Esto es algo elemental para la sociología, pero a muchos economistas parece seguirles asombrando que la realidad sea más compleja que sus modelos. Con mucho, subsumen estos aspectos sociales de la educación bajo la categoría de consumo, lo que no es sino otro modo de arrojar a las tinieblas exteriores de lo irracional todo fenómeno que no se derive de sus supuestos. Sin embargo, gastar en educación con la vista puesta en el status es tan racional como gastar con la vista puesta en una corriente de ingresos. Y aunque fuera mero consumo, o, peor aún, de la especie llamado «conspicuo» desde Veblen, el fenómeno no debería tener nada de asombroso.

Otra razón no menos importante es que, considerada como inversión o como consumo «conspicuo», la instrucción es un bien «posicional». Bienes posicionales, según ha subrayado V. C. Ultee (1980), son aquellos cuyo valor y utilidad para el que los posee disminuyen cuando aumenta el número de los que los tienen. Mientras el valor nutritivo de una manzana no depende de que los demás coman o no manzanas, el valor de uso de un automóvil depende mucho de si las calles están o no atascadas con ellos, y lo mismo su importancia para un «buscador de status»; mientras que la generalización de un vestido no afecta a su valor de uso, sí afecta a su valor social (y, en consecuencia, siempre a su valor de cambio). La educación es un bien posicional en cuanto, por ejem-

(2) La incapacidad para ver el sistema educativo como un campo de tensiones está dando lugar últimamente a un considerable auge de la literatura sustancialista (básicamente marxista y funcionalista, sin que sea posible distinguir las más veces las posiciones) en sociología de la educación. Me refiero al mantenimiento gárrulo de disputas en torno a si «la» escuela (entendida así, como una sola y verdadera, pues de otro modo, la discusión carecería de sentido) tiene como función (también una, pues ya quedó establecido por la escolástica que a una única esencia no puede corresponderle más que una única naturaleza, a no ser por divina excepción) la reproducción de las relaciones de clase existentes (Bourdieu, colegas y seguidores), o más bien la producción de fuerza de trabajo de acuerdo con las necesidades del capital (Bowles y Gintis, colegas y seguidores), etc.

plo, es un criterio para la colocación de los individuos en las colas de trabajo y para la admisión en ciertos círculos sociales más o menos exclusivos. Aunque no lo es como puro consumo, es decir, en cuanto saber por saber.

En consecuencia, la demanda de enseñanza tiene una dinámica autónoma, que depende de la economía indirectamente, a través de los medios que ésta proporciona a las economías domésticas, y directamente de las estrategias de reproducción de las familias. Además, en parte por este carácter posicional de la educación, las señales transmitidas por el sistema productivo a través de los salarios no actúan como mecanismos de retroalimentación negativa o ajuste, sino que más bien provocan lo contrario, una retroalimentación positiva, una huida hacia adelante que origina un desajuste creciente. La magnitud de este desajuste depende, por supuesto, de la capacidad de la economía para elevar las cualificaciones de los empleos que genera. En momentos de crisis como los de la última década, esta capacidad es restringida, y la tendencia del sistema educativo a ir por delante se acentúa y agrava por obra de los ciclos. La expansión de la enseñanza que tuvo lugar durante la década de los sesenta lanza sus titulos al mercado durante la de los setenta, es decir, en medio de la crisis económica. La cual, a su vez, genera paro y disminuye el coste de oportunidad de dedicar el tiempo ocioso a estudiar (enseñanza como aparcamiento o almacén). Pero incluso aún sin los agravamientos que producen los ciclos, *parece haber en toda sociedad industrial avanzada una tendencia intrínseca a la «sobrecualificación» de la fuerza de trabajo, o por lo menos a su «sobreeducación».*

a) La producción de cualificaciones educativas.

La tabla 1.4 de la Encuesta de Población Activa, que realiza y publica trimestralmente el Instituto Nacional de Estadística, da cuenta, desglosando por sexos, del nivel educativo alcanzado por cada grupo quinquenal de edad de la población de más de 16 años que no está cursando estudios. Los datos se reproducen en la tabla 1.

Tabla 1

Población mayor de 16 años que no está cursando estudios por sexo, grupos de edad y nivel de estudios terminados

% hor, varones	Total	Analf.	Sin est.	Primar.	Medios.	Super 1	Super 2
de 16-19	680,60	1,44	1,88	32,87	63,80	0,01	0,00
de 20-24	1.389,50	0,88	2,05	26,96	67,34	1,66	1,11
de 25-29	1.232,20	0,99	2,82	34,26	48,09	6,18	7,65
de 30-34	1.107,30	1,15	4,54	48,46	32,44	5,12	8,29
de 30-39	1.104,20	1,00	7,71	56,74	23,25	5,93	5,38
de 40-44	1.088,50	1,82	10,31	61,72	17,26	4,34	4,57
de 45-49	943,80	2,50	16,00	61,17	13,54	3,55	3,23
de 50-54	1.175,90	4,24	19,10	61,00	9,92	2,82	2,93
de 55-59	1.134,30	6,02	21,71	58,33	8,08	2,42	3,45

% hor, varones	Total	Analf.	Sin est.	Primar.	Medios.	Super 1	Super 2
de 60-64	983,80	6,32	24,99	56,49	7,07	1,93	3,19
de 64-69	750,70	8,14	28,09	51,95	6,98	1,82	3,01
de 70 y más	1.318,30	12,14	32,86	45,57	4,71	1,99	2,72
total	12.909,10	3,89	14,22	49,25	25,46	3,27	3,91
% hor, mujeres							
de 16-19	598,10	1,20	2,52	28,11	68,12	0,05	0,00
de 20-24	1.199,80	0,78	1,83	24,72	65,43	5,37	1,88
de 25-29	1.209,30	1,03	3,00	36,89	43,52	8,84	6,72
de 30-34	1.122,20	1,57	5,80	51,08	28,48	7,51	5,56
de 35-39	1.131,20	2,39	9,32	61,94	17,98	5,04	3,33
de 40-44	1.125,70	4,24	13,71	63,41	12,95	3,99	1,71
de 45-49	984,20	7,80	18,26	61,75	9,21	1,99	1,00
de 50-54	1.277,80	10,17	20,90	59,06	7,09	2,27	0,51
de 55-59	1.188,70	12,26	25,52	54,53	5,22	1,69	0,78
de 60-64	1.103,40	12,18	26,39	54,57	4,88	1,50	0,49
de 64-69	935,40	15,63	30,07	48,82	3,46	1,53	0,48
de 70 y más	2.087,70	27,48	32,63	36,37	1,92	1,32	0,28
total	13.963,50	9,51	17,20	48,18	19,74	3,47	1,89
% hor, total							
de 16-19	1.278,70	1,33	2,18	30,64	65,82	0,03	0,00
de 20-24	2.589,30	0,83	1,95	25,92	66,45	3,38	1,46
de 25-29	2.441,50	1,01	2,91	35,56	45,83	7,50	7,19
de 30-34	2.229,50	1,36	5,18	49,78	30,45	6,32	6,92
de 35-39	2.235,40	1,70	8,52	59,37	20,58	5,48	4,34
de 40-44	2.214,20	3,05	12,04	62,58	15,07	4,16	3,11
de 45-49	1.928,00	5,21	17,15	61,46	11,33	2,75	2,09
de 50-54	2.453,70	7,33	20,04	59,99	8,44	2,53	1,67
de 55-59	2.323,00	9,21	23,65	56,38	6,62	2,04	2,08
de 60-64	2.087,20	9,42	25,73	55,47	5,91	1,70	1,76
de 64-69	1.686,10	12,29	29,19	50,22	5,03	1,66	1,61
de 70 y más	3.406,00	21,55	32,72	39,93	3,00	1,58	1,22
total	26.872,60	6,81	15,77	48,69	22,49	3,37	2,86

Fuente: INE, Encuesta de Población Activa, I trimestre 1987, tabla 1.4.

Los porcentajes suman cien horizontalmente, y lo que debe compararse son unas filas con otras. Así, en la última fila aparecen los porcentajes de la población de setenta años y más que es analfabeta, sabe leer y escribir aunque no fuera a la escuela, tiene estudios primarios, etc. Debe estar claro que esta fila no nos dice cuál era el nivel educativo de la población en ningún momento del tiempo, sino sólo cuál es actualmente el de los mayores de setenta años, que —eso es lo importante— ha de ser forzosamente igual o mayor que el que tuvieran en cualquier momento anterior; pero si aceptamos la simplificación de

que la educación se adquiere en su mayor parte en la juventud, parece razonable suponer que la tabla refleja aproximadamente el nivel educativo de los mayores de setenta años durante su vida activa.

Lo mismo vale para el resto de la filas, hasta llegar a las más altas, que se refieren a la población más joven. En éstas, particularmente en la primera (jóvenes de 16 a 19 años) y la segunda (jóvenes de 20 a 24 años) sólo están incluidos los jóvenes que han dejado ya de estudiar. Por consiguiente, infraestiman el nivel educativo que tendrán sus cohortes de edad respectivas cuando todos sus miembros hayan dejado los estudios. La primera cohorte que podemos considerar completa es, por tanto, la tercera, aunque su nivel educativo aumentará todavía ligeramente en los próximos años.

Pasemos, pues, a la comparación. Comenzando por abajo se aprecia un evidente ascenso en los niveles educativos de cada cohorte. Este ascenso es cada vez más pronunciado, acelerándose desde la cohorte que tiene ahora entre 40 y 45 años. El aumento es grande en los hombres, y espectacular en las mujeres, que de una situación de inferioridad, han pasado a alcanzar e incluso a adelantar a los varones (3).

Ahora bien, a poco que se estudian los datos con algo más de atención, éstos sugieren ciertas matizaciones a este discurso sobre crecimiento del nivel educativo general. Lo que la tabla refleja no es un crecimiento uniforme, sino bien diferenciado según los niveles educativos.

En primer lugar, los dos niveles de enseñanza universitaria, que llamaremos técnico y superior (4), crecen muy lentamente durante mucho tiempo, y muy rápidamente en los últimos años. En conjunto, suponen en torno al 5 % de las

(3) A esto hay que añadir que esta separación por niveles educativos infraestima en realidad el crecimiento, pues desde la LGE han aumentado los años de estudios de todos los niveles. Así, el universitario superior necesitaba en las generaciones más viejas 14 ó 15 años (cuatro de Primaria, seis de Bachiller y cuatro o cinco de Universidad); en las medianas 15 ó 16, pues se añadió el COU y las carreras pasaron todas a cinco, y en las recientes 17 ó 18 (ocho de EGB, tres de BUP, COU y cinco o seis de carrera). El universitario técnico constaba antes de 11 años de estudios (cuatro de Primaria, cuatro de Bachiller Elemental y tres de carrera), luego pasó a necesitar dos más (Bachiller superior) y actualmente necesita 15, como las carreras superiores antes. El segundo ciclo de estudios medios equivale también en años a las antiguas carreras de grado medio, pues se necesitan al menos 11 años para el Bachiller, al menos 10 para la Formación Profesional de primer grado y al menos 13 para la de segundo. Sólo en el primer ciclo de estudios medios se computan los mismos años para las generaciones más jóvenes (ocho de EGB) que para las antiguas (cuatro de Primaria y cuatro de Bachiller Elemental). Por consiguiente, el crecimiento del nivel educativo de la población sería notablemente mayor si lo midiéramos en años de estudios de lo que aparece considerando sólo los niveles, que guardan históricamente entre sí una cierta relación de proporcionalidad.

(4) Que, por cierto, son aproximadamente iguales en todas las edades, lo que sugiere que la relación numérica entre ambos niveles fue siempre semejante a la actual. Con cierta frecuencia se oye decir que los alumnos de estudios superiores son irracionalmente más numerosos que los universitarios de estudios técnicos. Conviene tener en cuenta que sólo siendo más los estudiantes pueden luego ser igual los graduados —si ésto es conveniente y racional es otra cuestión—, pues los primeros están quizás doble tiempo que los segundos en la Universidad.

generaciones viejas de hombres, y en torno al 1,5 % de las generaciones viejas de mujeres, mientras que en las generaciones más jóvenes que tienen edad para haberlos terminado mayoritariamente (las de más de 25 años) suponen en torno a un 15 %. Es un crecimiento espectacular, sobre todo por parte de las mujeres; pero incluso en las generaciones más jóvenes, los universitarios continúan siendo una minoría, lo bastante pequeña incluso como para poder considerarla una élite. Y su crecimiento no «vacía» ningún nivel anterior de educación.

Bien distinto es lo que ocurre en los niveles no universitarios. Aquí no se ha producido un crecimiento más o menos espectacular, sino un desplazamiento masivo de niveles. Las generaciones mayores son analfabetas o tienen a lo sumo estudios primarios. Los que tienen estudios secundarios son una minoría de aproximadamente el mismo importe de la de los que llegaban a la Universidad. Con razón se consideraron parte de una élite, o, por lo menos, por encima de las masas, como el escalón inferior de las clases medias, gentes de oficina y letra fuera del mundo del trabajo manual. En las generaciones jóvenes esto ya no es posible, pues el nivel secundario es el nivel modal o general, desapareciendo los analfabetos y quedando los que no han terminado estudios medios como una minoría. Así, las mujeres con estudios medios son un 2 % de las que tienen más de setenta años, 18 % de las que tienen entre 35-40 y 68 % entre las que han cursado estudios tras la puesta en marcha de la LGE. La masa, y no una minoría, de los jóvenes actuales tiene estudios medios. A mi entender, y como veremos por sus consecuencias para el empleo, este hecho es mucho más importante que el más llamativo (al menos para ellos mismos) del crecimiento de los universitarios (5).

Contra lo que suele decirse, no es nada difícil hacer previsiones, ni siquiera del futuro. Lo verdaderamente difícil es acertar. En el caso de la educación, las posibilidades de error pudieran disminuir si el sentido de las previsiones coincidiera con el de los proyectos de política educativa. Es el caso de los estudios medios, cuya reforma pretende como objetivo a corto plazo la escolarización obligatoria y efectiva de todos los jóvenes durante diez años (hasta los 16), así como un aumento sustancial de los que continúan estudios postsecundarios (MEC, 1987), que sobrepasan ya el 50 %. De manera que puede suponerse sin temor a errar que la tendencia a constituir la educación secundaria en nivel general de estudios de la población se consumará como lo ha hecho en los países más industrializados. Los actuales niños de primaria tendrán un nivel *mínimo* de escolaridad equivalente en años al que actualmente tienen los profesores de

(5) Es preciso tener en cuenta que el INE, en el Censo, distingue entre un ciclo primero y un ciclo segundo de los estudios medios. En el primer ciclo se engloban el antiguo Bachiller Elemental, la antigua Oficialía y Maestría industriales y la Educación General Básica actual. En el segundo ciclo se engloban el antiguo Bachiller superior y las actuales FPI y FP2. En la EPA, estos dos ciclos aparecen casi siempre reunidos en una sola categoría, que puede antojarse demasiado amplia por agrupar toda la educación obligatoria con toda la secundaria postobligatoria actuales, y los antiguos Bachilleres Elemental y Superior. Sin embargo, es un hecho que, como antes se dijo, en términos de años de escolarización, es adecuada la designación de medios para todos ellos.

EGB y los ingenieros técnicos de edad madura, y en títulos al que tenía hasta hace muy poco sólo el 5 % de la población.

En cuanto a los estudios universitarios, predije en otro lugar (Arango y Carabaña, 1983: 88) la ralentización y estabilización de su crecimiento. Me basaba para ello en el hecho de que la vía hacia la Universidad tuviera como guardaaugujas, a partir de la EGB, a los profesores, los cuales muestran una tendencia a dejar pasar los sucesivos filtros sólo a una proporción aproximadamente constante de los que comienzan. La prevista Reforma de las Enseñanzas Medias alterará seguramente esta proporción, aunque no creo que sustancialmente. Si esta impresión no es incorrecta, el número de licenciados universitarios va a seguir creciendo a un ritmo mucho menor que aquél con el que se generaliza la enseñanza secundaria.

b) La oferta real de cualificaciones.

Hemos examinado hasta ahora el nivel educativo de la población. Pero, lo que propiamente interesa al mercado de trabajo no es el nivel educativo de toda la población, sino sólo el de aquella que está dispuesta a trabajar. Al mercado de trabajo le interesa el nivel educativo de la población activa.

De modo general, cabe afirmar que el nivel educativo de la población económicamente activa será mayor que el del conjunto de la población. Otra manera de expresar esto es decir que las tasas de actividad son mayores entre los que tienen mayor nivel educativo. Así lo refleja, en efecto, la tabla 2, calculada a partir de la tabla 1.4 (nuestra tabla 1) y la tabla 1.7 de la EPA, que refleja los inactivos mayores de 16 años que no están estudiando por nivel de instrucción, grupos de edad y, naturalmente, sexo. La exclusión de los estudiantes hace posible la comparación de las tasas de actividad entre los jóvenes de ambos sexos y con los restantes grupos de edad, cosa difícil en la mayor parte de las estadísticas, que cuentan a los estudiantes entre los inactivos.

Tabla 2

Tasa de actividad por grupos de edad y niveles educativos, población mayor de 16 años, que no cursa estudios

	Total	Analfb.	Sin est.	Primar.	Medios	Super 1	Super 2
I 1987, varones							
de 16-19	93,64	24,49	79,69	94,10	95,37	*	
de 20-24	97,71	28,69	88,42	97,52	99,08	96,97	95,45
de 25-29	97,61	36,07	86,74	98,06	98,92	98,55	98,52
de 30-34	97,26	35,43	92,25	97,60	98,83	98,94	99,46
de 35-39	97,13	49,09	91,07	97,64	98,71	99,39	100,00
de 40-44	95,75	65,15	89,93	96,35	98,62	98,31	99,60
de 45-49	93,37	68,22	88,74	94,18	97,18	97,31	100,00
de 50-54	88,99	67,47	84,68	89,68	96,91	98,49	97,67

	Total	Analtb.	Sin est.	Primar.	Medios	Super 1	Super 2
de 55-59	78,36	60,76	72,30	79,58	88,00	88,69	96,68
de 60-64	50,40	32,96	43,80	51,56	63,65	55,79	83,44
de 64-69	9,46	4,26	6,07	8,90	16,98	21,17	40,27
de 70 y más	2,32	0,94	1,55	2,40	7,57	0,38	8,94
total	75,94	29,61	50,11	75,83	94,22	87,32	88,86
I 1987, mujeres							
de 16-19	72,20	9,72	37,09	60,86	79,26	*	
de 20-24	75,15	10,75	35,00	59,58	80,39	98,14	97,33
de 25-29	60,56	13,71	34,99	42,68	66,73	91,67	96,43
de 30-34	46,90	20,45	28,42	32,82	59,07	85,77	88,14
de 35-39	34,53	12,22	23,81	26,59	48,62	79,12	84,62
de 40-44	30,57	16,98	25,99	26,38	39,85	77,28	77,08
de 45-49	27,83	22,53	25,54	26,23	32,12	72,45	81,63
de 50-54	25,59	17,15	21,54	25,44	34,33	63,79	86,15
de 55-59	21,30	15,44	19,22	20,77	28,34	62,19	82,80
de 60-64	15,40	11,01	15,80	14,40	19,14	52,73	62,96
de 64-69	4,20	3,01	4,44	3,85	8,02	5,59	31,11
de 70 y más	0,89	0,59	1,20	0,79	0,00	0,73	13,79
total	31,57	7,76	14,08	24,21	63,17	76,01	86,57

Fuente: INE, Encuesta de Población activa, primer trimestre de 1987, tablas 1.4 y 1.7.

Es trivial que la correlación positiva entre niveles educativos y tasas de actividad se debe a un efecto de la edad sobre ambas variables. Las personas más viejas son al mismo tiempo las de menor nivel educativo y las de menor actividad, pero sin que haya relación causal entre ambas circunstancias. Esto ocurre así, no sólo entre las personas de 65 años y más, que han sobrepasado la edad legal de jubilación, sino también entre las de menos de 65 años, que han abandonado (más los varones que las mujeres) en los últimos años el mercado de trabajo por diversas políticas de jubilación anticipada. Ahora bien, no toda la diferencia es debida a la edad: la edad legal de jubilación es menos severa con los de mayor nivel educativo, y parece que las jubilaciones anticipadas afectan más a los de menor nivel educativo, probablemente por ser con más frecuencia trabajadores manuales. En suma, entre los más educados, la tasa de actividad disminuye menos con la edad. Como se aprecia comparando las tasas dentro de cada grupo de edad, pues, hay también un efecto directo y real del nivel educativo sobre el nivel de actividad.

El efecto es poco importante, aunque no por ello despreciable, en los varones. Como puede verse, la tasa media de actividad de cada nivel educativo disminuye desde los estudios medios, hacia abajo; pero ello se debe en buena parte a la ya mencionada mayor influencia de la edad sobre los de menor educación. Con todo, la tasa de actividad de los varones sin estudios, está por encima

del 90 % sólo en los dos grupos de edad de los treinta, y desciende mucho entre los analfabetos jóvenes, tanto que, siendo éstos tan poco numerosos, habría que buscar otras razones para explicar el descenso. Salvo, pues, por estas desviaciones, puede afirmarse en términos generales que, una vez abandonada la escuela y si no media fuerza mayor que se lo impida, como probablemente es el caso de muchos analfabetos jóvenes, la inmensa mayoría de los varones, cualquiera que sea su cualificación, están ininterrumpidamente en el mercado de trabajo hasta el final de su período de vida activa, final que los menos instruidos alcanzan más jóvenes y los más instruidos con mayor edad, pero con vidas activas más iguales de lo que estas diferencias de edad indican, pues los más instruidos empiezan a trabajar más tarde.

En cambio, el efecto de la educación es muy importante en las mujeres. Su tasa de actividad es casi semejante a la de los varones entre las jóvenes universitarias, tal como se ve en el extremo superior derecho de la tabla 2. Luego, la tasa de actividad desciende hacia abajo con la edad, y hacia la izquierda con el nivel de instrucción, alcanzando el mínimo en el extremo inferior izquierdo, donde las analfabetas de mayor edad muestran una tasa del 11 %. Sin embargo, la interacción entre la educación y la edad no es uniforme. Sigue una pauta más compleja, que puede definirse aproximadamente del modo siguiente: cuanto menor es el nivel de estudios, tanto más temprana y duradera la estabilización de la tasa de actividad.

En efecto, volviendo a la tabla 2 vemos que la tasa de actividad de las mujeres con estudios superiores se pone un 10 % por debajo de la de los varones en los años tras el matrimonio, llega luego a estar en un 15 % por debajo y se recupera ligeramente alrededor de los cuarenta. Es éste el único nivel de estudios en el que se da el perfil por edades típico del «ciclo del trabajo femenino», en que la mujer se reincorpora al trabajo cuando los hijos crecen. En el nivel de estudios universitarios «técnicos», el descenso de la tasa de actividad es continuado desde los 25 años, hasta ponerse un 25 % por debajo de la de los varones en la cohorte de 50-55 años. Las mujeres con estudios medios comienzan con un nivel de actividad 20 % por debajo del de los varones, que desciende rápidamente (a razón de un 10 % por cohorte) a partir de los 25 años hasta ponerse un 60 % por debajo a los 45-50 años; en este nivel se mantiene luego en las tres cohortes anteriores a la jubilación. Las mujeres con estudios primarios comienzan con una tasa de 60 % y descienden bruscamente hasta la tasa de 26 % a los 40 años, manteniéndose esta tasa en cinco cohortes anteriores a la jubilación. Entre las mujeres sin estudios, el descenso de la tasa casi no se produce, pues comienzan con un 35 % que pronto se queda en el nivel entre 20 y 30 % en todas las cohortes. Por último, las mujeres analfabetas forman el inverso de las que tienen estudios superiores: su tasa de actividad oscila entre un 10 y un 20 % en todas las cohortes de edad (6).

(6) Los cambios en el nivel de estudios de la mujer son el principal responsable del crecimiento de la tasa de actividad femenina, y explican la mayor parte de sus variaciones, si no todas. Así lo indican los datos existentes. En efecto, desde 1976 las tasas de actividad de las mujeres con

Interesa resaltar que, como consecuencia de esta correlación positiva entre el nivel de estudios y la tasa de actividad, la población económicamente activa, es decir, la oferta de fuerza de trabajo, tiene un nivel de estudios superiores al de la población en general. La tabla 3 cuantifica esta superioridad, con datos extractados de las tablas 1.4 y 2.14 de la EPA.

Tabla 3
Comparación entre los estudios terminados por la población en general y por la población activa

	Nivel de estudios terminados					
	Analfab.	Sin est.	Primar.	Medios	Super 1	Super 2
Varones						
Población +16	3,9	14,2	49,3	25,5	3,3	3,9
Población 16-64	2,6	11,0	49,5	29,3	3,5	4,1
Población activa	1,6	9,6	49,7	30,7	3,8	4,6
Población 25-29	1,0	2,8	34,3	48,1	6,2	7,7
Poblac. activa 25-29	2,9		34,5	54,9		7,6
Mujeres						
Población +16	9,5	17,2	48,2	19,7	3,5	1,9
Población 16-64	5,6	13,2	50,4	24,5	4,1	2,3
Población activa	2,3	7,7	36,9	39,5	8,4	5,2
Población 25-29	1,0	3,0	36,9	43,5	8,8	6,7
Poblac. activa 25-29	1,9		26,0	61,3		6,7
Ambos sexos						
Población +16	6,8	15,8	48,7	22,5	3,4	2,9
Población 16-64	4,1	12,1	49,9	26,9	3,8	3,2
Población activa	1,8	9	45,7	33,3	5,2	4,8

Fuente: INE, Encuesta de Población activa, primer trimestre de 1987, tablas 1.2 y 2.14.

Las filas suman 100, y reflejan la composición, por niveles de estudios, de la población que las encabeza. Propiamente, la población activa debe compararse con la población entre 16 y 64 años, para evitar las distorsiones que introduce la población que supera la edad de jubilación. Como era de esperar, entre los varones los analfabetos y sin estudios son menos en la población ac-

menos de estudios medios han descendido, mientras que aumentaban las de aquellas con estudios medios y superiores. Por edades, la tasa de actividad de las mujeres entre cuarenta y sesenta años no ha variado apenas desde 1974, estando en torno al 30 %, ha descendido la de las mujeres mayores de esa edad y sólo ha aumentado la de las mujeres más jóvenes, las de más alto nivel de estudios. Juntos estos dos hechos dan pie a esta hipótesis de que si existe un proceso modernizador global (que incluiría los cambios en el matrimonio y la familia, cambios en la mentalidad y las relaciones entre sexos, etc.), éste actuaría principal, sino casi exclusivamente, a través de los estudios. Pero no es ésta cuestión en la que tengamos que demorarnos aquí.

tiva que en la población en general, aproximadamente los mismos con estudios primarios, y son más los de estudios medios y superiores. Los efectos de la edad se eliminan al máximo cuando se compara la población de 25 a 29 años. Tras este control, los efectos del nivel de estudios sobre la tasa de actividad se revelan mínimos. Es cierto que los analfabetos y sin estudios son 3,8 % de la población en general y 2,9 % en la activa, pero seguramente esto no tiene nada que ver con los estudios. En los demás niveles, todo el efecto se reduce a esta diferencia de un 1 % más, ahora en la activa.

No ocurre lo mismo entre las mujeres. Las diferencias aquí son importantes. Las mujeres activas analfabetas o sin estudios son la mitad que en la población en general, las mujeres universitarias el doble. Con estudios primarios, son menos entre las activas que entre la población, con estudios secundarios más. Si tomamos la cohorte de los 25 a los 29 años queda patente que esto no se debe sólo a la influencia de la edad, pues también en esta cohorte las mujeres con estudios superiores son una porción no lejos del doble entre las activas y que entre el total, mayor las que tienen estudios medios y menor las que sólo tienen primarios.

Esta correlación entre la tasa de actividad femenina y los estudios puede interpretarse de varias maneras; todo depende del supuesto contrafáctico que consideremos más apropiado. Si consideramos que la situación «normal» sería una que se pareciera a la de los países industrializados, entonces cabe decir, como hacen de Miguel y Lorente (1985: 246) que la tasa de actividad femenina debería ser mayor y que estamos ante un «mercado de trabajo poco evolucionado y claramente segmentado por sexo, en el que una parte de la mano de obra femenina actúa en calidad 'de reserva', incorporándose a la población de inactividad («sus labores») en la fase depresiva, amortiguando de esta forma el crecimiento del paro». Pero si, por el contrario, tomamos como situación de partida la del inicio de la crisis económica y consideramos que un efecto normal de ésta es «desanimar» a la población potencialmente activa y disminuir la tasa de actividad, como ha ocurrido de hecho con los hombres, entonces podemos destacar que durante la crisis «se da una flexión de la tasa de actividad, pero sólo de la masculina, que desciende desde el 77 % en el año 1974 al 69 % en el año 1984. En ese mismo lapso, la tasa femenina pierde sólo un punto, del 29 al 28 %; pero ese aparente estancamiento esconde una revolución profunda, pues las mujeres de 25 a 44 años incrementan muy mucho su tasa de actividad (...) mientras el resto de las mujeres y, sobre todo la totalidad de los varones, la reducen»; esto es lo que hace Gil Calvo (1989: 78). En el primer supuesto, la actividad femenina aparece como subordinada a la masculina, y las mujeres, sobre todo las casadas y con pocos estudios, parecen forzadas a retirarse y ceder sus empleos a los hombres; en el segundo la presión sobre el mercado de trabajo de las mujeres jóvenes y con estudios aparece como un factor de empeoramiento de la situación de paro y de «sobreeducación» de la mano de obra. (7).

(7) No es fácil dejar de lado las valoraciones: los datos adquieren sentido casi siempre por comparación con otros, y es muy difícil comparar sin, al menos implícitamente, valorar. Si lo in-

En todo caso, como queríamos mostrar, puede decirse que históricamente el aumento del nivel de estudios de la población femenina ha sido un factor decisivo en la elevación de la educación de la fuerza de trabajo por encima de la educación de la población en su conjunto.

2. LA DEMANDA DE CUALIFICACIONES, O LA GENERACION DE EMPLEOS

La idea de que la «sobreeducación» no es algo coyuntural, producto de la crisis, sino un fenómeno estructural de las sociedades industriales necesita para sostenerse que la economía muestre una tendencia intrínseca a elevar la cualificación de los empleos que genera a ritmo más lento de lo que se elevan los niveles educativos de la población. Es difícil demostrar algo así. Incluso es difícil mostrarlo, siquiera sea en el pasado. Para España en las dos últimas décadas, el artículo de Lluís Fina, «Cambio ocupacional en España 1965-1982. Una primera aproximación», publicado en 1984 (pero referido aquí como Fina, 1985: 733-753) es un punto de partida casi obligado. En lo que sigue me limito a actualizar y reinterpretar sus análisis.

En la tabla 4 se presenta la estructura de la población trabajadora española por ocupaciones, tal y como ha evolucionado desde 1965 a 1987. El modo como se han homogeneizado en 15 grupos ocupacionales las tres categorizaciones diferentes que ha utilizado la EPA hasta la fecha puede encontrarse en el citado artículo de Fina. Por otra parte, como su autor advierte, la clasificación utilizada, que es la Internacional Uniforme de Ocupaciones de la OIT, «es poco adecuada para diferenciar las ocupaciones según la complejidad de las tareas y los requisitos de formación» (Fina, 1985: 736), en buena parte porque muchos grupos, sobre todo de trabajadores manuales, vienen en realidad definidos por la rama de la producción. Con todo, el autor se las arregla para obtener agrupaciones que correspondan a un criterio de cualificación, en la medida de lo posible. Entre las ocupaciones no manuales (1 a 5) parece que los profesionales, científicos y técnicos deben considerarse con cualificaciones superiores a las del

tentamos, y buscamos algo que se parezca más bien a una explicación, ésta debería estar en la economía doméstica y ser materialista más que culturalista. La que contiene el siguiente texto, por ejemplo, concede con demasiada facilidad la existencia de tabúes que la experiencia niega, pero es la más materialista que conozco: «primero, las mujeres con más estudios tienen más oportunidades y más capacidad para competir con los hombres; segundo, porque los tabúes sobre el trabajo fuera del hogar se deshacen cuando la mujer —y el marido— tienen cierto nivel cultural; tercero, porque el tipo de trabajo a desempeñar en este caso es más atractivo y próximo a una actividad profesional gratificante frente a las tareas de casa, y, cuarto, porque al obtener mayores ingresos pueden acceder más fácilmente a servicios privados como guarderías, servicio doméstico, restaurantes y otros». Esto por un lado, mientras que por el otro, «especialmente entre las familias de rentas más bajas, el trabajo femenino fuera del hogar está más vinculado a una necesidad material de obtener ingresos suplementarios que al deseo de liberación e independencia de la mujer a través del ejercicio de una actividad profesional propia» (del Campo y Navarro, 1987: 175-76 y 177).

personal administrativo y a la de los comerciantes y vendedores, quedando las otras dos categorías en un status indefinido. Entre las ocupaciones manuales, tras los supervisores y capataces cabe colocar a los oficiales y operarios mecánicos (que comprenden las siguientes categorías de la EPA: obreros de la labra de metales, ajustadores, montadores e instaladores de maquinaria e instrumentos de precisión, electricistas, operadores de radio, TCV y similares y, por último, fontaneros, soldadores, chapistas, etc.); el criterio de cualificación que Fina utiliza es «el criterio de transferibilidad, o de generalidad versus especificidad de los conocimientos adquiridos para la realización de las tareas propias de una actividad económica determinada» (Fina, 1984: 738). Por ello, entre los manuales cualificados (grupos 7 a 9) vienen luego otros operarios y oficiales transferibles (exactamente las categorías de la EPA, «ebanistas y operadores de máquinas de labrar madera» y «pintores»). A continuación viene lo que podría asimilarse a trabajadores semicualificados, si bien muchos puede que carezcan de cualificación: los de la industria, en primer lugar (no transferibles), los de transportes y comunicaciones (otros operarios: comprende los conductores y operadores de máquinas fijas, los supervisores de trenes y otros vehículos de transporte, los trabajadores de las comunicaciones y otros), los de los servicios (seguridad y servicios personales, como hostelería, peluquería, etc., incluyendo personal de servidumbre), los agrícolas y los de la construcción. Por último, en el último lugar de la cualificación están los peones y otros trabajadores de los servicios. En general, puede decirse que combinando la transferibilidad como indicio de cualificación con los sectores el autor ha desplegado una notable habilidad para extraer de la EPA todo lo que en el sentido que nos ocupa puede dar de sí.

Tabla 4
Niveles de empleo por ocupaciones, 1985-1987. (En miles y porcentajes)

Grupos ocupacionales	1965		1976		1987	
1. Gerentes, administrativos	116,0	1,0	265,6	2,2	245,8	2,3
2. Profesionales, científicos y técnicos	361	3,0	702,7	5,7	952,6	8,8
3. Literatos, artistas, deportistas, etc.	40,6	0,3	61,8	0,5	80,7	0,7
4. Personal administrativo	735,5	6,2	1.110,8	9,1	1.149,8	10,6
5. Comerciantes, vendedores.	1.143,2	9,5	1.130,0	9,3	1.139,9	10,5
6. Supervisores, capataces.			114,7	0,9	120,8	1,1
7. Oficiales y operarios mecánicos.	709,9	5,9	1.101,9	9,0	930,7	8,6
8. Otros oficios y operarios transferibles.	350,1	2,9	238,8	2,0	183,3	1,7
9. Oficiales y operarios no transferibles.	1.616,0	13,5	1.350,2	11,1	1.062,9	9,8
10. Otros operarios.	712,9	6,0	1.035,5	8,5	856,7	7,9
11. Personal de seguridad.	100,5	0,8	112,3	0,9	152,3	1,4
12. Servicios personales.	914,2	7,6	1.117,8	9,2	1.215,6	11,2
13. Otros trabajadores agrícolas.	4.761,8	34,9	2.615,5	21,4	1.699,6	15,6

Grupos ocupacionales		1965		1976		1987	
14.	Otros trabajadores de la construcción.	762,8	6,4	564,4	4,6	437,4	4,0
15.	Peones y otros no clasificados antes.	234,2	2,0	684,9	5,6	656,6	6,0
	Total no manuales	2.397,3	20,0	3.271	26,8	3.568,8	32,8
	Total manuales sin otros agrícolas	5.400,4	45,0	632,5	51,8	5.616,3	51,6
	Total	11.969,7	100	12.206,8	100	10.884	100

Fuente: Elaboración de Lluís Fina a partir de INE, *Encuesta de Población Activa*. 1965 y 1970: población activa; 1972 en adelante: población activa ocupada. Sin incluir profesionales de las FF.AA. Desde 1976: población de 16 años y más. 1987: introducido por el autor.

La comparación, en esta tabla 4, de los porcentajes, equivalentes a cuotas de participación, hace abstracción de los aumentos y disminuciones de población ocupada habidos en los veinte años que cubren las columnas, como si los empleos totales ofertados hubieran sido en todos los años 100 (puede multiplicarse por otra unidad seguida de ceros: 100, 10.000, etc.) y ni el desarrollo económico de los sesenta los hubiera aumentado ni la crisis de mediados de los setenta los hubiera disminuido. Hecha, pues, abstracción de crecimiento y crisis, es evidente en la tabla el aumento de las ocupaciones no manuales en seis o siete puntos porcentuales en cada década; dentro de éstas, destaca el estancamiento de los comerciantes en torno al diez por ciento del total (que por lo mismo pasan de ser la mitad de las ocupaciones no manuales en 1965 a ser la tercera parte en 1987); los demás grupos han aumentado su cuota en el empleo total, con diferentes intensidades y ritmos: los gerentes y administradores más que se doblaron con el desarrollo y se han estancado con la crisis, el personal administrativo se multiplicó por 1,5 con el desarrollo y sólo por 1,16 durante la crisis, los literatos y artistas, pocos en número, han ido creciendo año tras año hasta doblarse. El mayor aumento se da, por fin, en los profesionales y técnicos. Doblaron prácticamente su cuota de participación durante el crecimiento, y la multiplicaron por 1,5 durante la crisis; en total, casi triplicaron la cuota, pasando de ser la séptima a la cuarta parte de los ocupados no manuales.

El grupo de profesionales y técnicos es de particular interés en nuestro contexto porque, como los activos con estudios superiores, muestra un dinámico crecimiento. Por eso vamos a profundizar un poco en el detalle de este crecimiento por «situación profesional». Aunque los autónomos hayan crecido espectacularmente en los años 80, han aumentado menos que el conjunto, igual que los empleadores: juntas ambas situaciones eran 70.000 en 1965 y son unos 120.000 ahora, de manera que ni siquiera se han doblado; en cambio, los asalariados se han más que triplicado, pasando de 282.000 en 1965 a 642.000 en 1976 y a 878.000 en 1987. Un crecimiento proporcional mucho más rápido en la década del desarrollo (2,3 veces más) que en la de crisis (1,4 veces más), ciertamente, pero no tan disparaje en términos absolutos (360.000 en la primera década, 236.000 en la última), que es lo que, en realidad debe contarse, dado

que los profesionales y técnicos no nacen unos de otros, sino que son generados externamente por la economía. La desproporción más importante se encuentra entre el sector público y privado: en la época del crecimiento crecían casi a la par, pero tras la crisis el sector privado ha generado sólo 23.000 puestos de profesionales y técnicos entre 1976 y 1987, debiéndose prácticamente todo el crecimiento al sector público, que ha generado 213.000. Como por otra parte sabemos que, por subsectores de la Administración, Enseñanza e Investigación ha aumentado sus efectivos en más de 100.000 entre 1977 y 1985, y que Sanidad y Veterinaria los ha aumentado en cerca de 60.000 (Ministerio de Trabajo, 1986: 131), podemos concluir que el dinamismo de la demanda de profesionales y técnicos durante los años de la crisis ha sido en buena parte idéntico al dinamismo de la Enseñanza y la Sanidad Públicas.

Pasemos a las cuotas de las ocupaciones manuales. Los supervisores y capacitados se mantienen en torno a 1 %; los oficiales y operarios mecánicos multiplicaron su cuota por 1,5 en la primera década y han decaído ligeramente en la segunda, algo parecido a la categoría 10 (trabajadores de transporte y comunicaciones), pero menos que el resto de obreros de la industria (categorías 8 y 9), que han pasado del 16 al 10 %, aproximadamente. Aumentaron su cuota de modo alarmante el personal de seguridad y el dedicado a servicios personales (y entre este último no exactamente el que trabaja por cuenta propia, sino más bien el servicio doméstico: véase Ministerio de Trabajo, 1986: 131). Por último, disminuyen su cuota en 1/3 los trabajadores de la construcción y en un 60 % los agrícolas, manteniéndose aproximadamente los peones. En conjunto, el sector manual no agrario eleva su cuota de 45 % a 51,8 % entre 1965 y 1976, y la mantiene desde entonces acá. En su interior, ha caído la industria, y han aumentado los servicios personales y de seguridad.

¿Aumenta o disminuye la cualificación entre las ocupaciones manuales? Sería arriesgado sacar ninguna conclusión firme a partir de sólo estos datos, máxime teniendo en cuenta que la realidad designada por el mismo rótulo ocupacional puede ganar o perder cualificación sin que el rótulo cambie. Pero, con todas las precauciones necesarias, la impresión es que en el cambio de empleo de la industria a los servicios puede haberse estado dando una tendencia a la descualificación técnica. Pues todas las ocupaciones industriales han perdido cuota, excepto la última de peones que la ha mantenido; y, aunque resulte difícil comparar la cualificación de un mecánico con la de un cocinero o camarero, no parece disparatado suponer que debe ser en general mayor que la de un servidor doméstico. Si entre las ocupaciones no manuales se veía una tendencia al aumento de las cualificaciones, entre los manuales se ve la tendencia contraria, aunque quizá menos intensa. Quedan, sin embargo, por considerar las ocupaciones agrarias, cuya disminución seguramente no pueda ligarse a una disminución en el nivel general de cualificación de las ocupaciones manuales.

Recapitemos: En primer lugar, *aumenta* la cualificación global porque crecen las ocupaciones manuales y menguan las no manuales, en concreto la agricultura. En segundo lugar, *aumenta* la cualificación en el interior de las ocu-

paciones no manuales, pues crecen más las de mayor cualificación (profesionales y técnicos) que las de menos (vendedores). En tercer lugar, el sector manual no agrario mantiene estática su cuota, pero la cualificación parece *descender* en su interior al sustituirse cualificaciones industriales por otras de servicios. Por último, nuestros datos no pueden decirnos nada sobre el vaciamiento de cualificación que podría producirse en el interior de cada rótulo ocupacional. En conjunto parece que nos encontramos con un proceso de cualificación de las ocupaciones no manuales y descualificación de las manuales, con un balance general favorable a la cualificación.

¿Cuál es el porvenir? La evolución futura de las categorías ocupacionales resulta, desde luego, mucho más difícil de predecir con alguna certeza que la de los niveles educativos. Esta dificultad debe ser la razón de que se mantengan en la lonja de la futurología toda clase de descripciones de la realidad, «folklore para los expertos» cuya cotización sube y baja con los rumores de crisis (vid. García, 1987: 177 ss.). Siguen coexistiendo optimistas extremos, que confían en que los aumentos de productividad nos llevarán pronto del paro a un ocio culto e ilustrado, pesimistas extremos que identifican la máquina y el desarrollo del capital monopolista con la descualificación del trabajador y, entre ellos, toda clase de especímenes intermedios (una tipificación en Petrella y Ruysen, 1987: 27). En un artículo anterior publicado en esta misma revista (Carabaña, 1983) tiré por el camino de en medio, con demasiada celeridad según creo ahora, y supuse para la economía española del año 2000 una estructura de cualificaciones no muy diferente de la actual. Quizás merezca la pena una consideración más pausada.

Un primer punto de referencia podría ser la comparación de la estructura española con la de países más avanzados. Las tablas 5 y 6 fueron elaboradas por LL. Fina con este fin. En la tabla 5 puede verse cuán lejos estamos todavía de los primeros países de la Tierra, así en Europa como en América y Asia. Hay en España 70 % de trabajadores manuales, frente a 47 % en EE.UU., 56 % en Japón, 54 % en Alemania y 45 % en Canadá. Hasta alcanzar este último país, por ejemplo, habría que triplicar la cuota de los profesionales, técnicos y directivos en la estructura ocupacional; de modo que si los profesionales y técnicos son ahora un millón podrían ser tres en el futuro. Habría también que multiplicar por 1,8 los puestos administrativos, que si ahora son un millón cien mil podrían llegar casi a los dos millones. Habría que mantener aproximadamente iguales el personal de comercio y los trabajadores de los servicios; y disminuir drásticamente los trabajadores agrícolas e industriales. En conjunto, no sabemos cómo quedaría la cualificación de los trabajadores manuales, pero es probable que también aumentara; y aumentarían, no sólo las ocupaciones no manuales, sino también su cualificación.

Tabla 5

Estructuras ocupacionales de los países que se indican, con estructuras sectorial de cada uno de ellos. (En porcentaje.)

Grupos ocupacionales	España	EE.UU.	Japón	RFA	Canadá
1. Profesionales y técnicos	6,4	16,4	8,1	14,0	} 25,1
2. Gerentes y administradores.	1,5	11,5	4,1	3,0	
3. Personal administrativo.	10,6	18,5	17,0	20,2	18,0
4. Comerciantes y vendedores	10,3	6,4	14,6	8,8	10,8
5. Trabajadores de los servicios.	12,7	13,4	8,5	11,4	13,7
6. Trabajadores agrícolas.	17,2	2,7	9,9	5,5	5,3
7. Otros trabajadores.	41,3	31,1	37,8	37,1	27,1
Trabajadores no manuales (1-4)	28,8	53,7	43,7	46,0	53,9
Trabajadores manuales (5-7)	71,2	47,3	56,3	54,0	46,1
Total	100	100	100	100	100

Fuente: Elaboración de Lluís Fina a partir de INE, *Encuesta de Población Activa*. Cuarto trimestre de 1981, y OIT, *Anuario de Estadísticas del trabajo*, 1983. Datos correspondientes a 1981, excepto RFA (1980) y Canadá (1982). Población activa excluyendo parados y activos no clasificables según la ocupación.

Pero también podríamos seguir otros ejemplos: el de EE.UU., que no nos llevaría lejos del de Canadá; el de Alemania Occidental, con menos técnicos, muchos menos gerentes y administradores y comerciantes y más personal administrativo y trabajadores. Y el de Japón, el más cercano de todos, que nos obligaría a dejar casi como ahora el nivel de profesionales y técnicos y aumentar sobre todo los escalones inferiores de no manuales (administrativos y vendedores), compensando con descensos de los trabajadores agrícolas y de servicios y, menos, de los industriales. En definitiva, son concebibles, porque existen, economías con un 50 % de ocupaciones no manuales, la mitad de ellos profesionales y técnicos. Además, estas economías pueden ser muy diversas, como la tabla 5 muestra.

¿Por qué camino se llega a ellas? La tabla 6 muestra las estructuras ocupacionales que tendrían estos países si su estructura sectorial fuera la de España. Las diferencias que hay entre España y ellos han quedado, pues, descompuestas en dos factores. Uno de ellos, los cambios que tendrían que producirse en la estructura sectorial de la economía (como la drástica reducción en la agricultura y la industria), ha quedado fuera de la tabla. Esta sólo refleja el otro, las diferencias en estructuras productivas, es decir, la intensidad en trabajo de las tecnologías en cada uno de los grupos ocupacionales. Sorprendentemente, estas diferencias son mínimas con Japón, país que, si tuviera la misma estructura por sectores que España, tendría la misma ocupación agrícola, sólo un 3 % menos de obreros industriales y, curiosamente, 6 % menos de obreros de los servicios, mientras que mantendría aproximadamente los mismos profesionales y

técnicos, aumentando administrativos y comerciantes. Y tampoco son muy grandes con la RFA, que, en esencia, pasaría 8 % de la cuota de los obreros industriales al personal de administración y aumentaría en más de la mitad los profesionales y técnicos. Menos sorprendentemente, las diferencias son mayores con EE.UU. y Canadá, cuyas estructuras productivas, por tanto, difieren no sólo de la española, sino también de la alemana y la japonesa. En suma, hay varios caminos, no uno sólo. El desarrollo económico no implica una estructura ocupacional uniforme, sino que es compatible con estructuras muy diversas dentro de lo no manual y, probablemente, dentro de lo manual.

Tabla 6
Estructuras ocupacionales de los países que se indican, con estructuras sectorial de España. (En porcentaje)

Grupos ocupacionales	España	EE.UU.	Japón	RFA	Canadá
1. Profesionales y técnicos	6,4	11,1	6,7	10,2	} 17,2
2. Gerentes y administrativos.	1,5	10,2	3,8	2,7	
3. Personal administrativo.	10,6	14,3	14,9	17,4	15,0
4. Comerciantes y vendedores.	10,3	5,5	12,5	10,5	11,4
5. Trabajadores de los servicios.	12,7	8,9	7,0	9,1	6,8
6. Trabajadores agrícolas.	17,2	13,6	17,2	15,8	14,0
7. Otros trabajadores.	41,3	36,4	37,9	33,3	35,6
Trabajadores no manuales (1-4)	28,8	41,4	37,9	40,8	43,6
Trabajadores manuales (5-7)	71,2	58,9	62,1	59,2	56,4
Total	100	100	100	100	100

Fuente: Elaboración de Lluís Fina a partir de INE, *Encuesta de Población Activa*, Cuarto trimestre de 1981, y OIT, *Anuario de Estadísticas del trabajo*, 1983. Datos correspondientes a 1981, excepto RFA (1980) y Canadá (1982). Población activa excluyendo parados y activos no clasificables según la ocupación.

¿Qué perspectivas hay de que la economía española recorra cualquiera de estos caminos?

Muy deprisa antes de la crisis, mucho más despacio después, la evolución pasada parece abocada a ellos (véase, otra vez, la tabla 4). La cuestión de cuán lejos se llegará es, en realidad, análoga a la de la salida de la crisis. El peor de los supuestos quizá sea éste: el crecimiento del sector de profesionales y técnicos de los últimos diez años, debido en su mayor parte a la sanidad y la enseñanza, está a punto de terminar, por efecto, en la enseñanza, del descenso de la población; lo mismo ocurre con buena parte de los empleos directivos y administrativos, que son empleados públicos ligados a la liquidación del franquismo, a la transición democrática, al estado de las autonomías y al déficit público (de hecho, los administrativos han aumentado en unos cien mil desde el año

1979 en el sector público, y han descendido en casi 60.000 en el sector privado); el avance del sector privado, con tasas de crecimiento grandes o pequeñas, seguirá la pauta de los años de la crisis, durante los cuales la reconversión y los aumentos de productividad no han sido bastantes para generar una recualificación intrasectorial importante de la fuerza de trabajo, sino que en su mayor parte no han alcanzado más que a realizar cambios sectoriales (indicios en Fina, 1985: 741-42). En este caso seguiremos en el dilema actual: los aumentos de productividad y competitividad se consiguen al precio de un alto paro, y lograríamos una estructura ocupacional japonesa o alemana con demasiada gente fuera de ella. Por el contrario, el mejor de los supuestos, (¿o quizás me quedo corto?) es que se avecine una fase de crecimiento en que las transformaciones sigan líneas semejantes a las de antes de la crisis.

3. EL MERCADO DE TRABAJO: LA INTERACCION ENTRE CUALIFICACIONES Y EMPLEOS

Hay un paralelismo que salta a la vista entre lo que hemos dicho acerca de la creación estructural de sobreeducación en las economías capitalistas y la necesidad estructural para el capitalismo 1, afirmada por Marx, de un ejército industrial de reserva. En todo caso, el primer dato del actual mercado de trabajo no es la sobreeducación, sino pura y simplemente el paro: la población activa es mucho más numerosa que los empleos, de modo que aproximadamente uno de cada cinco activos no tiene empleo alguno. Así pues, ambos, sobreeducación y ejército industrial de reserva, se dan simultáneamente, de modo que uno puede dudar entre considerar a la primera un aspecto del segundo, al segundo un aspecto de la primera o a ambos como manifestaciones de un fenómeno más general, a saber, la producción de capacidades humanas excedentarias a las conveniencias de valorización del capital con los salarios vigentes.

¿Cómo se lleva a cabo, en esta situación, el proceso de ajustes entre ofertas y demanda de cualificaciones educativas? Hay varios mecanismos imaginables, a cuyo enunciado muchos dan, creo que exageradamente, el nombre de teoría (8). La expectativa más común es la de que se produzca un cierto *desplazamiento*

(8) En castellano, están reflejadas en los textos recogidos por Toharia (1983), y en las contribuciones al número 3/4 de la Revista Sociología del Trabajo. Han sido revisadas, entre otros, por el mismo Toharia en la introducción al libro, por Medina (1983) y por mí mismo (1983). He aquí una definición formal del «desplazamiento», tomada de Hans Peter Blossfeld, que considera el desplazamiento como una suavización del paro. Según este autor, los representantes de esta posición (entre los que cita a Schlaffke, Teichler, von Weizsäcker, Thurow, Hartung/Nuthmann, Beck/Bolte/Brater, Fürstenberg, Lutz y Boudon) «afirman que la estructura de ocupaciones se mantiene relativamente invariable en comparación con el número rápidamente creciente de personas con cualificación alta y superior. La integración de los titulados superiores y técnicos que sobrepasan las necesidades, se realiza por su colocación en posiciones antes ocupadas por fuerza de trabajo con cualificaciones formales inferiores. De este modo, el sistema de ocupaciones se va llenando de arriba abajo con gentes cada vez mejor cualificadas, con lo que los mejor cualificados

de los menos por los más educados. En el extremo, las cosas ocurrirían como si hubiese una cola de trabajo y, por las razones que fuere, la gente se fuera empleando por riguroso orden de educación, o como si los empleos se subastaran y la puja se hiciera mediante títulos académicos. En esta situación, el aumento de titulados en cualquier nivel académico empeora las posibilidades de empleo de todos los niveles inferiores, y caso de que haya paro, éste se distribuye en orden inverso al empleo, comenzando por los analfabetos. Dentro de cada nivel académico, el empleo se distribuye por *otros criterios*, como, por ejemplo, el parentesco o cualquier otra afinidad con el empleador.

Naturalmente, las situaciones reales pueden quedar bastante lejos de estos extremos, fundamentalmente por tres tipos de razones: el mercado o la cola de trabajo no es único, sino que está dividido en varios segmentos; quienes buscan empleo tienen capacidad de espera, y los empleadores evitan con frecuencia la sobreeducación.

Decir que no hay un único mercado de trabajo, o que éste consta de varios segmentos, o que la mano de obra tiene una sustituibilidad imperfecta, no es más que recordar que la teoría económica sólo supone —nunca afirma— la existencia de mercados perfectos. No es, por tanto, ningún descubrimiento teórico. La segmentación es de una enorme solidez estructural, como refleja, por ejemplo, el hecho de que no sólo las estadísticas de ocupación, sino también las de paro se hagan sistemáticamente por sectores, ramas y profesiones. No hay por tanto una, sino muchas colas de trabajo, y la gente suele esperar sólo en una o algunas de entre ellas, no en todas. Naturalmente, entre los fundamentos de la segmentación se encuentran los títulos académicos.

El mercado de trabajo se segmenta según titulaciones académicas no sólo porque quienes carecen de ellas están excluidos de ciertos tipos de empleo, sino también porque aquellos que las tienen evitan cuidadosamente otros, normalmente manuales y de servicios. Hay varias razones para este comportamiento, entre ellas que los empleos se valoran en función de la carrera que abren o cierran y del estilo de vida que implican y que los «mercados internos de trabajo» de las empresas tienen líneas de promoción bien definidas: la mayor parte de los empleos manuales tienen pocas posibilidades de promoción, y desde luego pocos permiten saltar al sector no manual; hay una carrera administrativa bien estructurada, con poca comunicación con los puestos técnicos, que constituyen otra (9). De modo que quien busca trabajo y no acepta el primero

van desplazando a los peor cualificados de sus posiciones profesionales tradicionales. Esta forma de integración de los más cualificados tiene como resultado problemas de paro para los menos cualificados y situar a los más cualificados en posiciones inadecuadas a su formación, con posibilidades inferiores de salario, status y promoción» (Blossfeld, 1983: 189).

(9) Hace ya muchos años, antes de la boga de las teorías de los mercados internos de trabajo, que posiblemente él ignoraba, Esteban Pinilla de las Heras hizo un excelente y cuidadoso estudio de las trayectorias en los mercados internos de trabajo de las empresas catalanas, del cual deriva esta caracterización. Vide Pinilla de las Heras, 1979, Capítulos VIII (Movilidad socioprofesional intraempresa) y IX (Diferencias en la promoción socioprofesional entre nativos y no nativos).

que encuentra tiene más oportunidades de que la ofrezcan lo que quiere, y por ello quien puede permitirse un tiempo de espera suele esperar (10).

Por último, además de lo anterior ocurre que los empresarios no prefieren siempre los más a los menos educados. Es un hecho obvio, pero con frecuencia desdeñado, que ciertos hábitos de comportamientos son importantes para todos los trabajos aproximadamente por igual, mientras que las cualificaciones técnicas sirven precisamente para jerarquizarlos, destacando a una minoría de entre la masa. Muchas veces, y particularmente para empleos poco cualificados, los empresarios consideran ante todo los hábitos sociales, desdeñando la cualificación académica. Al cabo, alguna experiencia deben tener de lo que muchos estudios empíricos reflejan sobre la relación entre sobreeducación, insatisfacción con el trabajo y bajo rendimiento (Berg, 1970; Delcourt, 1980; Rumberger, 1986), y deben preferir por ello la socialización directa, en el trabajo, a la socialización escolar. A esto debe añadirse la fuerte competencia que el aprendizaje en los talleres supone para la formación académica, competencia decisiva en oficios basados en destrezas y hábitos corporales —como la agricultura y la construcción— y muy fuerte en otros como eléctricos y mecánicos, que forman, como es sabido, el grueso de la matrícula industrial de FP.

En fin, segmentación, preferencias de los trabajadores y preferencias de los empleadores parece que podrían interactuar para frenar los teóricos efectos de desplazamiento, sobre todo en la línea manual-no manual. Parece evidente que títulos académicos, cualificaciones profesionales y productividad —que es lo que al cabo los empleadores buscan— están mucho más estrechamente conectados en las profesiones de oficina que en las manuales, por lo que en éstas es más frecuente —por ser también más racional— que los empleadores prefieran contratar aprendices a contratar oficiales y que los jóvenes antepongan la certeza del empleo a la ventaja hipotética de una formación escolar. Por lo demás, la barrera entre lo no manual y lo manual impediría que los titulados superiores invadan, al contrario que el de las profesiones de cuello blanco, el ámbito de los trabajadores manuales.

¿Qué es lo que ha ocurrido efectivamente en España en los últimos tiempos? ¿Ha ocurrido el pretendido desplazamiento? ¿En qué niveles?

La primera consecuencia del desplazamiento de los menos por los más educados debería ser una concentración del paro entre los primeros. La tabla 7, tomada de la EPA, refleja las tasas de paro por niveles de estudios. Muestra que las mayores tasas de paro entre los solteros (que aquí sirven como aproximación a los jóvenes) se dan en los niveles educativos medios, particularmente de Formación Profesional (43 %), y las menores entre los analfabetos y univer-

(10) Así, entre los jóvenes madrileños entrevistados por Francisco Bosch, Javier Díaz Malledo y José Santesmases, sólo 20 % de los parados con EGB habían rechazado alguna vez una oferta de trabajo, frente al 40 % de los que han terminado FP1; y 35 % de los parados de clase alta o media alta habían rechazado alguna vez una oferta de trabajo, frente a sólo 18 % de los hijos de peones. (Bosch, Díaz Malledo y Santesmases, 1985: p. c 15).

sitarios (30 %). No parece, por tanto, que el paro se desplace hacia los niveles inferiores de estudios.

Tabla 7
Tasas de paro por niveles de estudios y sexo. Solteros

	Varones	Mujeres	Ambos sexos
Sin estudios	36,2	20,9	31,4
Primarios	33,9	33,1	33,7
Bachiller Elemental	39,7	46,3	42,5
Bachiller Superior	31,3	40,2	35,4
Formación Profesional	38,9	50,2	43,3
Nivel anterior al superior	33,8	32,8	33,2
Superiores	24,9	36,9	30,6

Fuente: INE, Encuesta de Población Activa, primer trimestre de 1987, p. 94.

Sin embargo, estos datos no autorizan todavía a rechazar la existencia de todo tipo de desplazamiento. Lo único que dicen es que el paro no se desplaza hacia abajo y que si acaso se concentra en los niveles medios, de modo que a los solteros con estudios primarios o menos les resulta más fácil encontrar empleo que a los que tienen estudios medios. Pero no excluye que los más educados estén desplazando a los menos educados de sus empleos «tradicionales». Quizá es precisamente mediante este desplazamiento como logran evitar que su tasa de desempleo sea mayor. Es preciso, por consiguiente, utilizar datos que reflejen la evolución de la relación entre niveles de estudios y tipos de ocupación.

La EPA ofrece estos datos, en su tabla 10 en 1974 y en la tabla 3.12 de 1979. En nuestra tabla 8 se han reflejado las cifras correspondientes a 1974, momento en que comienza la recesión económica, y en 1987. En la subtabla 8.1 puede verse cómo se distribuían en 1974 y cómo se distribuyen ahora entre las diversas ocupaciones los poseedores de cada nivel de estudios, cuya cifra total aparece en la base. Los analfabetos han experimentado muy ligeros cambios: algunos más son ahora trabajadores de los servicios, y algunos menos trabajan en la industria y la agricultura. El grupo «sin estudios» se ha mantenido en la industria y la agricultura, cambiando un 6 % de la agricultura a los servicios e incluso al comercio. También se da este cambio entre los de estudios primarios, además de otro: su porcentaje de profesionales ha disminuido del 1,4 % al 0,5 %, y ligeramente su porcentaje de administrativos, de 5,8 a 4,9 %.

Punto y aparte, porque puede que nos encontremos ante el primer caso de desplazamiento. En efecto, mirando la subtabla 8.2 vemos cómo este pequeño cambio en las tasas equivale a una disminución considerable en las cuotas de puestos profesionales y administrativos que tienen las personas con estudios primarios: ¡han pasado de ser 16,4 % a ser sólo el 2,5 % de los profesionales y técnicos, y de ser el 42 % a ser el 21 % del personal administrativo! Los empleos

Tabla 8
Población activa ocupada por estudios terminados y ocupaciones, 1974 y 1987
Subtabla 8.1

	Analfab.		Sin est.		Primar.		Medios		Super. 1		Super. 2	
	74	87	74	87	74	87	74	87	74	87	74	87
Profes.	—	—	0,1	0,2	1,4	0,5	11,5	4,6	64,8	67,7	69,3	73,1
Direct.	—	—	0,25	0,2	0,9	1,1	4,4	2,2	6,9	4,4	10,5	5,7
Administ.	—	—	1,0	1,0	5,8	4,9	38,4	24,5	16,9	15,3	8,4	13,0
Comercio	5,2	4,9	6,4	7,6	10,5	11,8	13,8	14,2	7,2	5,3	3,5	3,8
Servicios	17,7	22,9	11,8	16,5	11,7	15,8	5,4	15,1	1,0	2,5	1,0	1,3
Agricultura	53,0	49,3	42,9	36,9	22,9	19,2	3,9	6,5	1,0	1,1	1,1	0,6
Industria	24,0	22,9	37,5	37,6	46,3	46,7	20,0	31,3	1,9	2,9	0,6	0,8
F. Armadas	—	—	0,1	0,1	0,6	0,5	2,4	1,5	0,4	0,6	5,7	1,9
Total	601	190	1.766	1.005	8.325	5.299	1.494	3.307	824	611	285	566

de profesional y técnico se han triplicado, aproximadamente, en este período, pero las personas con estudios primarios no se han incorporado a este tipo de profesiones al mismo ritmo que éstas crecían, sino mucho más lentamente. De modo que no sólo no han mantenido su cuota de empleos profesionales, sino que incluso ha disminuido su tasa (11).

Volvamos a la subtabla 8.1. Lo que sí ha sufrido cambios y enormes (en realidad, lo único que ha sufrido cambios) ha sido la relación ocupacional (en términos económicos podría decirse «el rendimiento ocupacional») de los estudios medios. Ya he advertido antes sobre la heterogeneidad de esta agrupación en términos de títulos, pero también sobre su mayor homogeneidad en términos de años. Las tasas de personas con estudios medios que son profesionales, directivos o administrativos descienden drásticamente durante el período. Aumentan en cambio los porcentajes que trabajan en los servicios (se triplican), en la industria e incluso en la agricultura. Ciertamente, las expectativas profesionales de los estudios medios se han degradado. ¿Se debe ello a que han sido «desplazados» por los de nivel educativo más alto? La subtabla 8.2 nos dice que su cuota ha disminuido entre los profesionales y técnicos, pero no en las ocupaciones de dirección y de administración, donde ha aumentado notablemente. Más aún: ha aumentado a costa de las personas con estudios primarios, que son las que parecen haber sido «desplazadas» por las de estudios secundarios. En suma: el gran aumento de su número es lo que hace posible que, tras ocupar una porción más amplia del creciente espacio de las profesiones administrativas, los titulados de medias se extiendan todavía a ocupaciones inferiores, de las que no «desplazan» a nadie precisamente porque los de estudios inferiores han disminuido enormemente su número.

Con los estudios superiores de ambos niveles volvemos a la estabilidad. Asombrosamente, las cifras de la EPA proclaman lo contrario de la «sobrecualificación» que tan alegre y confiadamente suele darse por supuesta. Por el momento no parece haber tal sobreeducación entre los universitarios. Vimos su alta tasa de paro, y dijimos que no excluía a priori un descenso ocupacional. Pero de hecho sí que lo excluye. Por seguir con expresiones figuradas, la alta tasa de paro significa que los universitarios no se han rebajado hasta la fecha

(11) ¿O debe decirse que es su cuota la que no se ha mantenido y su tasa la que ha disminuido? ¿O quizás, más radicalmente, que el colectivo ha sido desplazado, de donde antes estaba y despojado de lo que antes tenía? La estructura gramatical, la elección de sujeto y del tipo de metáfora en el verbo, sugiere valoraciones diversas del fenómeno: implica colectivos que se mantienen o se ven despojados por otros, o simples números que bajan o suben. Es preciso, por tanto, ser cuidadoso. Las personas con estudios primarios no son un colectivo que pueda poseer nada de que ser despojado por otro falso colectivo de estudios. (Las profesiones sí constituyen muchas veces colectivos que pueden actuar regulando los requisitos educativos para su acceso, en cambio). La palabra «desplazamiento» tiene connotaciones desgraciadas en este contexto (al igual que la alemana «Verdrängung» y la inglesa «displacement» que la traducen): inducen a la mente a sustanciar los procesos y a reificar como colectivos los agregados estadísticos. Ocurre que la probabilidad de una persona con un nivel de estudios de tener una cierta ocupación puede aumentar o disminuir, y que eso tiene ciertas consecuencias sociales. Pero no ocurren desplazamientos de colectivos a menos que se constituyan en tales y lo sientan así.

Subtabla 8.2

		Analfab.	Sin est.	Primar.	Medios	Super. 1	Super. 2	Total
Profesionales	1974	—	0,3	16,4	24,6	30,2	28,4	694
	1987	—	0,2	2,5	15,2	41	41	1.007
Directivos	1974	—	2,2	37,2	33,8	11,5	15,3	195
	1987	—	1,2	29,8	38,2	14,1	16,6	193
Administrativos	1974	—	1,6	41,9	49,7	4,8	2,1	1.153
	1987	—	0,8	20,9	65,0	7,5	5,9	1.274
Comercio	1974	2,5	9,0	69,4	16,4	1,9	0,8	1.253
	1987	0,8	6,3	49,6	38,8	2,7	1,8	1.207
Servicios	1974	7,7	15,1	70,8	5,9	0,2	0,2	1.375
	1987	2,7	10,6	53,3	31,9	1,0	0,5	1.567
Agricultura	1974	10,5	24,9	62,5	1,9	0,1	0,1	3.042
	1987	5,5	21,7	59,6	12,6	0,4	0,2	1.708
Industria	1974	2,9	13,3	77,5	6,0	0,1	0,0	4.970
	1987	1,1	9,5	62,6	26,2	0,5	0,1	3.954
F. Armadas	1974	—	—	47,7	35,2	1,2	15,9	102
	1987	—	0,8	30,3	53,1	4,2	11,7	92
Total	1974	4,7	13,8	65,1	11,7	2,5	2,2	12.793
	1987	1,7	9,2	48,3	30,1	5,6	5,2	10.976

Fuente: INE, Encuesta de Población Activa, segundo semestre de 1974, tabla 10 y primer trimestre de 1987, tabla 3.12.

a aceptar posiciones de nivel inferior a las que aceptaban en 1974. En cierto sentido, incluso las han mejorado, pues es mayor su tasa en ocupaciones profesionales y técnicas, lo cual, en todo caso, permitirá compensar su menor frecuencia en las directivas y su aumento en las de administración. Aunque quizá haya quien considere que, en el caso de los universitarios técnicos, no se compensa así la «caída» de un 2,5 % adicional en ocupaciones de servicios e industriales.

¿Ha habido aquí «desplazamiento»? En parte, parece que sí, pero de personas con estudios medios de las posiciones de profesionales y técnicos, nivel ocupacional en el que los universitarios han pasado de ser el 60 % a ser el 80 %. E

incluso de las ocupaciones de directivos y administrativos, en este caso «a costa» de los de estudios primarios. Con todo, y sin embargo de este pequeño efecto, el factor decisivo en el mantenimiento de las ocupaciones de los universitarios entre 1974 y 1979 ha sido el crecimiento de los empleados y profesionales y técnicos en cantidad suficiente para animarlos a mantenerse en esa cola de empleo sin cambiar a otras, aun al precio de generar, así, una tasa considerable de paro.

Recapitulando: lo que parece haberse producido —al menos utilizando grupos ocupacionales tan amplios— es una mayor *segmentación* por niveles de estudios del mercado de trabajo. En efecto, la correspondencia entre títulos y ocupaciones se ha vuelto más estrecha, o, dicho de otro modo, la composición de las ocupaciones más homogénea por niveles de estudios. En cierto modo esto es lo contrario de lo que se habría esperado: se tiende a pensar que el «desplazamiento» consiste en que los titulados se ven obligados a salir en «su» campo para invadir el campo de otros, no en que «expulsan» a los otros del campo que les es propio. Aunque, repito, esto es relativo a la definición de las categorías ocupacionales: puede que cuando se dice que el título universitario ha dejado de ser lo que era (una garantía de empleo, una llave para posiciones privilegiadas, o lo que fuera), haya ahí una referencia implícita a determinadas ocupaciones, entre las de empleados técnicos y las de administrativos, que la amplitud de las categorías usadas oculta.

Así pues, *la resegmentación ha implicado desplazamientos*, pero de un tipo inesperado. Los titulados superiores no desplazan a los titulados de medias de los empleos administrativos que «propios» de éstos; los desplazan de las ocupaciones profesionales y técnicas, que, de continuar con las metáforas, habríamos de decir que «usurpaban». Los titulados de medias desplazan a los de primaria (desde luego, a poquísimos en relación al total con estos estudios) de los empleos administrativos que les son «excesivos», restableciendo así el equilibrio de las cosas. Pero, a diferencia de los universitarios, no les basta —al menos a este nivel de agregación— con ocupar con mayor exclusividad «su» territorio. Son demasiados, y se extienden hacia abajo, a los empleos manuales. Así que en este punto se acaba la «resegmentación»: titulados de medias ocupan ahora los empleos que antes eran propios de gentes con menores estudios.

¿Desplazan, por fin, los titulados de medias a los de primaria de estos puestos de trabajo? Definitivamente: no. Tampoco, en esta última oportunidad, se ha consumado desplazamiento alguno. La razón es, precisamente, que hay muchísimos titulados de medias, tanto que la población que deja la escuela con estudios primarios o menos ha descendido todavía más que estos empleos de «su» nivel.

4. CONCLUSIONES

Hemos visto, en la primera parte, el aumento del nivel educativo de la población en general, y cómo ha sido mucho más importante la generalización de la enseñanza secundaria que el crecimiento de la universitaria. También hemos visto que la correlación positiva entre el nivel de estudios y la tasa de actividad entre la población femenina eleva el nivel educativo de la población activa por sobre el de la población en general, aunque sin alterar la anterior relación de los estudios medios con los superiores.

En la segunda parte hemos visto que la oferta de puestos de trabajo ha sido creciente en las ocupaciones no manuales, y entre éstas en las de mayor cualificación, mientras que ha sido decreciente en las manuales, cuyo nivel de cualificación, además, ha descendido.

La conjunción en el mercado de trabajo de demanda y oferta con estas características resulta, coherentemente, en lo que se ha visto en el último apartado. Los moderadamente crecientes universitarios se encuentran y se apropian los crecientes empleos de profesionales y técnicos; han de hacer cola para ello, pero el tiempo de búsqueda, o de espera, que tanto escandaliza a algunos observadores, no disuade a los protagonistas, que lo prefieren a un empleo de categoría inferior. En cambio, los rapidísimamente crecientes titulados de medias agotan rápidamente los empleos administrativos y —es de suponer— manuales cualificados y se desbordan por los no cualificados.

A primera vista, pues, *no ha habido empeoramiento de la situación para los titulados superiores*, excepto el general que se refleja en las tasas de paro, y *sí ha habido empeoramiento para los titulados de enseñanzas medias*, que invaden los empleos de poca o nula cualificación. Habría, sin embargo, que reinterpretar esto último. El hecho es que si una mayoría que crece hasta aproximarse a la totalidad tiene estudios secundarios, éstos pierden automáticamente toda capacidad de discriminar entre las personas. De modo que el ajuste entre educación y ocupaciones parece haberse invertido en la última década: en la época del desarrollo, los puestos administrativos y cualificados crecieron de modo que el mercado tiraba hacia arriba de algunas gentes con estudios primarios. La impresión era de oportunidades de ascenso. Luego, la extensión de los estudios secundarios acabó con estos ascensos, y ahora el proceso está comenzando a presentar una apariencia opuesta, de descenso: el mercado tira hacia abajo, a ocupaciones no cualificadas, de jóvenes con estudios secundarios.

Ahora bien, «sobreeducación», «sobrecualificación», «subempleo» son conceptos relativos más bien a pautas culturales que a condiciones técnicas rigurosas. A los diferentes niveles de estudios les «corresponden» determinado tipo de ocupaciones en función de expectativas (consolidadas a veces como auténticas inversiones en educación) que dependen de tradiciones (12) y costumbres.

(12) Las tradiciones suelen ser expectativas consolidadas, que se proyectan hacia el pasado en busca de legitimación. La mayor parte son muy recientes, y las que no, también necesitan ser producidas socialmente en cada ocasión.

Cuando los niveles educativos se elevan, las viejas expectativas se mantienen por un tiempo, hasta que al final se frustran. Antes de la adaptación a la realidad, la frustración provoca reacciones poco racionales, del tipo «adónde vamos a parar», «esto no puede seguir así» y semejantes, y a veces agresivas (en este caso suelen dirigirse contra la Formación Profesional). Sin embargo, la adaptación entre expectativas y realidad se acaba produciendo siempre y necesariamente... aunque con un cierto retraso (13).

BIBLIOGRAFIA

- BERG, I.: *Education and jobs. The great training robbery*. New York: Praeger, 1970.
- BLOSSFELD, H. P.: «Höherqualifizierung und Verdrängung - Konsequenzen der Bildungsexpansion in den Siebziger Jahren». Pp. 184-240 en Max Haller und Walter Müller (Hrsg.), *Beschäftigungssystem im gesellschaftlichen Wandel*. Frankfurt und New York: Campus, 1983.
- BOSCH, F., DIAZ MALLEDO, J., y SANTESMASES, J.: *La transición de la educación al mercado de trabajo: la opinión de los jóvenes de Madrid*. Madrid: CIDE, 1985.
- DEL CAMPO, U., SALUSTIANO y MANUEL NAVARRO: *Nuevo análisis de la población española*, Barcelona: Ariel, 1987.
- CARABAÑA, J.: *Educación, ocupación e ingresos en la España del siglo XX*. Madrid: Centro de Publicaciones del MEC, 1983.
- CARABAÑA, J.: «Educación y mercado de trabajo en el año 2000». *Revista de Educación*, 273.
- CARABAÑA, J., y ARANGO, J.: «La demanda de educación universitaria en España: 1960-2000». *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, 24: 47-89, 1983.
- DELCOURT, J.: «Crise de l'éducation et crise de l'emploi». *Recherches Sociologiques* 11: 155-177, 1980.
- GARCIA, E.: «Acerca de algunos elementos ideológicos en el debate sobre escolaridad de masas, desempleo juvenil y división del trabajo». *Mientras tanto*, 30-31: 177-192, 1987;?
- GIL CALVO, E.: «Informe y Comentario de la sesión» sobre Demografía y dependencia de la juventud, pp. 63-88 de Luis Garrido (comp), *Reparto de trabajo y crisis social*, Madrid: Pablo Iglesias, 1986.
- GRANOVETTER, M.: «Toward a Sociological Theory of Income Differences». Pp. 11-48 en Ivar Berg (edit.), *Sociological Perspectives on Labor Markets*. New York: Academic Press, 1981.
- MEDINA, E.: «Educación, Universidad y Mercado de Trabajo». *Revista Española de Investigaciones Sociológicas* 24: 7-46, 1983.
- MIGUEL, C. de, y LORENTE, J. R.: «La evolución de la población activa en los países de la OCDE tras el inicio de la crisis económica». Pp. 223-250 en Alvaro Espina,

(13) Es muy curioso esto del retraso. Parece que acompaña a muchas instituciones educativas, en particular a las que, teniendo éxito en sus orígenes, provocan una demanda que lo disminuye. Su documentación histórica sería interesante. También sería interesante, por lo demás, una explotación más desagregada de la EPA.

- Lluis Fina y José Ramón Lorente (Comp.), *Estudios de Economía del Trabajo en España*, Madrid: Centro de Publicaciones del MTSS, 1985.
- MINISTERIO DE EDUCACION Y CIENCIA: *Proyecto para la reforma de la enseñanza. Propuesta para debate*. Madrid: Centro de Publicaciones del MEC, 1987.
- MINISTERIO DE TRABAJO Y SEGURIDAD SOCIAL: *Mercado de Trabajo en España durante 1985*, Madrid: Centro de Publicaciones del MTSS, 1986.
- PACI, M.: «Education and the capitalist labor market». Pp. 340-356 en Jerome Karabel & A. H. Halsey, *Power and Ideology in Education*, New York: Oxford Univ. Press, 1977.
- PEREZ DIAZ, V.: «Universidad y empleo». *Papeles de economía española* 8: 296-319, 1981.
- PINILLA DE LAS HERAS, E., *Estudios sobre cambio y estructura social de Cataluña*, Madrid, CIS, 1979.
- PETRELLA, R., y RUYSSSEN, O.: «Por una prospectiva europea de las relaciones tecnología-empleo-trabajo». *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, 38: 21-43, 1987.
- SAEZ FERNANDEZ, F.: «Tecnología, empleo y formación. La armonía entre el sistema educativo y el sistema productivo». Pp. 439-456 de Alvaro Espina, Lluis Fina y José Ramón Lorente (Comp.), *Estudios de Economía del Trabajo en España*, Madrid: Centro de Publicaciones del MTSS, 1985.
- TOHARIA, L. (comp. e introd.): *El mercado de trabajo: teorías y aplicaciones*. Madrid: Alianza, 1983.
- ULTEE, N. C.: «Is Education a positional good?». *The Neetherlands Journal of Sociology*, 16: 135-153, 1980.